

CAPÍTULO XI

Jesucristo, el Propiciatorio, el Arca, el maná, la vara de Aarón y las Tablas de la Ley.

I

bolizaban la Pasión y Muerte de nuestro amadísimo Señor, también lo hallamos figurado en el Arca del Testamento. En esta Arca había una urna de oro con maná (1), la vara de Aarón que había florecido, y las Tablas en que estaban escritos los diez preceptos de la Ley. El Arca estaba colocada entre dos querubines, que se miraban cara á cara, y sobre el Arca había una tabla que se llamaba Propiciatorio, bajo las alas de los querubines, como si fuese llevada por ellos... Jesucristo está simbolizado por el Propiciatorio, porque es la propiciación por nuestros pecados. El Propiciatorio era llevado pór los querubines, y de Jesucristo están escritas estas palabras: "Adórenle todos los ángeles de Dios, (1). Él mismo es significado por el Arca, porque así como esta había sido fabricada de madera de setín, así el Cuerpo del Señor constaba de miembros purísimos; y el Arca estaba cubierta de oro, porque sesucristo estuvo lleno de sabiduría y de caridad, simbolizadas por el oro. Dentro del Arca había una urna también de oro; esto es, el alma santa conteniendo el maná; es decir, toda la plenitud de la santidad y de la divinidad. Había también en el Arca la vara; esto es, la potestad sacerdotal; porque Jesucristo fué hecho sacerdote para siempre; y conte nía también las Tablas de la Ley, para significar que el autor de la Ley es Jesucristo.

Nuestro amado Señor es la propiciación por nuestros pecados. "El fué constituído por Dios para nosotros por fuente de sabiduría, por justicia, santificación y Redención," (2). "Damos gracias á Dios que nos ha hecho dignos—decía el Apóstol — de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo muy querido, por cuya Sangre hemos sido res-

^{(1) 1.}ª 2.ªe, q. CII, a. IV, ad 6,um

⁽¹⁾ Heb., I, 6.

⁽²⁾ I Cor., I, 30.

catados y hemos obtenido la remisión de los pecados... Él tiene ser ante todas las cosas, y todas subsisten por Él; es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio de la resurrección y el primero á renacer dentro de los muertos, para que tenga en todas las cosas la primacía; pues quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la Sangre que derramó en la Cruz. Igualmente á vosotros que antes os habíais extraviado de Dios, y erais enemigos suyos de corazón por causa de vuestras malas obras os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, á fin de presentaros santos, sin mancilla é irreprensibles delante de Él... Cuando estábais muertos por vuestros pecados os hizo revivir con Él, concediéndoos el perdón de todos ellos; y cancelada la cédula del decreto firmado contra vosotros, que os era contrario, la quitó de en medio, enclavándola en la Cruz; y despojando á los principados y potestades, los sacó valerosamente en público y los llevó delante de sí, triunfando de ellos en su propia persona, (1).

Respiremos un instante, ya que tantas grandezas de un amor tan ardiente y generoso, tienen como oprimidas nuestras almas. El Restaurador de todas las cosas del cielo y de la tierra,

Aquel en quien está la plenitud de todo ser, nos ha reconciliado por medio de su Sangre y de su Muerte con su divino Padre. ¡Tan grande es el hombre á los ojos del Verbo de Dios! Más bien tendremos que decir:—¡Tan grande es la bondad de ese Verbo divino que así se digna amarnos!—Así tiene que desahogarse el corazón; así respira y tiene que exhalar todo su cariño en afectos de purísima ternura.

Es incomprensible el amor que nos tiene nuestro buen Jesús. ¿Comprenderemos su afecto hacia nosotros al constituirse propiciación por nuestros pecados? Desde luego tenemos la infinita distancia que media entre el Creador y la criatura. ¿Quién podrá franquear ese abismo de infinita grandeza? Sin el Misterio de la Encarnación, esto no es posible; porque Dios, en su propia naturaleza, es impasible; mas inclinó los cielos y descendió; tomó nuestra naturaleza y padeció por nosotros. -¡Bondad infinita - exclamamos al pensar en esto, --misterio que estuvo oculto á los siglos y generaciones, altísimo designio que trasciende toda inteligencia.-Y sucede en este misterio de nuestro amadísimo Señor, que cuanto más pensamos en él, vamos descubriendo nuevos horizontes de inmensa grandeza iluminados con una luz más viva, y en donde respiramos el purísimo ambiente de la caridad de Dios, que alegra y fortalece nuestras almas, á fin de adelantar en el conocimiento de sus divinas obras. Veamos esto en el objeto que nos ocupa.

⁽¹⁾ Colos., I, 12-22; II, 13-15.

Sobre el inmenso abismo de que hemos hablado, el Espíritu Santo tendió, por decirlo así, un hermosísimo puente que uniera los extremos de aquel abismo: el Misterio de la Encarnación; Jesucristo nuestro Señor fué concebido en el seno de María por virtud de aquel Espíritu. Mas no es esto todo; el Hijo de Dios desciende del cielo y se hace nuestro hermano, á fin de padecer y morir por nosotros.

No es esto todo: éramos delante del Señor grandes pecadores, y el pecado nos hace aborrecibles á los divinos ojos. "Siendo esto así, ¿de dónde nace-dice San Pablo - que Jesucristo, estando nosotros todavía enfermos, al tiempo señalado murió por los impíos?, Porque apenas hay quien quiera morir por un justo; tal vez se hallará quien dé su vida por un bienhechor. ¿De dónde nace que Jesucristo haya muerto por los impíos? ¿Queremos preguntarlo todavía? Nace de su caridad que quiso revelarnos todos sus encantos, su fuerza divina, su dilatación que no se puede comprender. Commendat Deus charitatem suam in nobis (1)—decia San Pablo. He aquí lo que recomienda y enaltece, y hace brillar con los más puros y hermosos resplandores, la caridad de Dios para con nosotros.

Sin embargo del asombro que produce tanta grandeza, y esas manifestaciones del amor divino, preguntamos: ¿Hemos agotado las fuentes de ese amor, ó hasta aquí ha llegado la misericordia divina para con nosotros? De ninguna manera. Conocía nuestro amadísimo Señor que los hombres, redimidos con su Sangre y llamados á la luz del Evangelio, le había de volver mil veces las espaldas; conocía su ingratitud y su lamentable obstinación en seguir las sendas del pecado, y sin embargo de eso, Jesús murió por todos... ¡Oh grandeza infinita de su amor, oh fuego inextinguible, y que en vez de disminuir parece aumentar sus vivas llamas, sus divinos ardores, cuanto son más grandes los obstáculos que tiene que vencer á fin de transformar en sí mismo á los que ama!

Él es propiciación por nuestros pecados; al pensar en esto la esperanza más dulce y consoladora dilata nuestro corazón; somos, en verdad, grandes pecadores delante de Dios; mas, por ventura, ¿no es Jesús quien vino á este mundo á buscar á los que se habían extraviado á fin de volverlos á su Padre? ¿Desechó el divino Redentor alguna vez á los que á Él se llegaban en busca de alivio y de consuelo? Vino por salvarnos, y fué tanta su bondad para con nosotros que salieron de sus labios estas hermosísimas palabras: "Venid á mí los que estáis cargados y sufrís el peso del trabajo, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga,

⁽¹⁾ Rom., V, 8,

ligera, (1). Casi imposible nos parece que quien recuerda estas palabras de Jesús y tiene delante de los ojos lo que ha hecho por salvarnos, deje de esperar en El.-Venid... El aliviará nuestras cargas y dolores, mas no se contenta con esto, sino que quiere que, en lugar de las cargas y trabajos que el mundo nos impone, llevemos el yugo de Dios sobre nosotros, yugo, en verdad, muy suave, y soportemos los trabajos que se digne imponernos el mismo Jesús, que serán muy ligeros. Aquel yugo lo llevará con nosotros, y suya es y tendrá que ser la carga que El mismo nos imponga. De esta suerte los sufrimientos y penalidades de la vida, que á nadie le faltan, ya no serán la carga enojosa que nos haga suspirar y gemir sin consuelo, y acaso también sin esperanza, sino los trabajos y la carga de Jesús, y unidos á El por el sufrimiento seremos muy dichosos.

Mas la bondad del Hijo de Dios, que tan grande se nos ha mostrado en lo que acabamos decir, no comenzó con su venida al mundo, aun antes de ésta el Hijo de Dios era la esperanza del pueblo judío, que recibió innumerables gracias de los cielos por los futuros méritos del Redentor de los hombres; por eso mismo los judíos en sus oraciones pedían al Señor su protección divina por Jesucristo. He aquí cómo se expresaba el Rey-Profeta: "¡Oh, Señor, Dios de los ejércitos, oye mi oración! ¡Escucha atento,

oh Dios de Jacob! ¡Vuélvete á mirarnos, oh Dios protector nuestro, y pon los ojos en el rostro de tu Cristo!, (1). Era firmísima la esperanza que tenían en Dios por causa de Jesús. Y sin embargo, ellos no pudieron decir: "La vida se hizo patente, y la vimos, y damos testimonio de ella, y os evangelizamos esta vida eterna que estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros, (2). "Porque murieron sin haber recibido los bienes que se les habían prometido, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos,, (3). "Porque les fué revelado que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora se han anunciado por los predicadores del Evangelio, (4). ¿Cuál tendrá que ser nuestra esperanza en Jesucristo, pues venimos al mundo en el tiempo de la gracia y después de haberse cumplido las promesas de Dios relativas á la encarnación de su divino Verbo? El amor y gratitud que á Dios debemos por un beneficio tan grande, deben ser inmensos. El es, decimos de nuevo, propiciación por nuestros pecados; El, nuestra esperanza y amor.

"Debajo del propiciatorio estaba el Arca santa, que simbolizaba—dice Santo Tomás—á nuestro divino Redentor, porque así como el Arca se había construído de madera incorrup-

⁽¹⁾ Matth., XI, 28-30.

⁽¹⁾ Psalm. LXXXIII, 9-10.

⁽²⁾ I Joann., I, 2.

⁽³⁾ Hebr., XI, 13.

⁽⁴⁾ I Petr., I, 12.

tible, y estaba cubierta de oro, y contenía el maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley, así nuestro amadísimo Señor estaba lleno de pureza, de sabiduría y de caridad, y tenía en sí mismo la plenitud de la santidad y de la divinidad, y era sumo sacerdote y el legislador supremo. ¡Oh, cuánto goza nuestro corazón al pensar en las grandezas de nuestro Señor dulcísimo! En su pureza más blanca que la nieve, en su sabiduría y caridad más brillantes que el oro, en la plenitud de la santidad y de la divinidad que había en su alma santa, en la potestad de su Sacerdocio y en su autoridad de Legislador supremo. Que El viva y reine por los siglos de los siglos, y sea conocido y amado en todo el universo, y todas las criaturas canten su divina gloria.,

"¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos!, — decía David (1). Nosotros pensando en el Arca de Dios vivo, en el Tabernáculo del Altísimo, en el Corazón de Jesucristo, ¿no diríamos una y otra vez esas palabras del Profeta-Rey? ¿Podríamos contener dentro del pecho nuestro ardiente y abrasado amor á Jesucristo, amor que quiere romper toda ligadura, á fin de arrojarse á los pies de su Amado? —¡Oh, cuán amable es tu Corazón divino—le decimos, —mi alma suspira y desfallece por habitar en esa mansión divina! Mi corazón y mi cuerpo transpórtanse de gozo al contemplar ese

Corazón que tanto amo, y si el pajarillo encontró un hueco donde guarecerse, y la tórtola, nido para poner sus polluelos, yo he hablado, en el seno de mi buen Jesús, asilo inviolable en todos mis peligros y suavísimo descanso de divinos consuelos y delicias. Mil veces dichosos, oh Señor, los que siempre moran en tu Corazón amable; ellos te alabarán por los siglos de los siglos... Más vale un solo día en este Corazón dulcísimo, que millares fuera de El. Yo he escogido ser el último en esta casa de Dios, más bien que habitar en la morada de los pecadores; porque El ama la misericordia y la verdad, y dará la gracia y la gloria.

Era profundo el respeto de los israelitas para con el Arca santa; era ella su fuerza y su esperanza, su consuelo, su gloria y el objeto de todos sus amores. Dios mismo rodeaba, por decirlo así, de veneración aquel objeto sagrado, infundiendo en todos un religioso temor. Cuando fué llevada desde Cariatarín á Jerusalén en solemne procesión, Hoza extendió su mano para sostenerla, y Dios, indignado, le castigó, dejándole muerto en aquel lugar (1). Antes había castigado el Señor á los moradores de Betsames, porque se pusieron á mirar con curiosidad lo interior del Arca santa, contra lo mandado, y dió muerte á 70 hombres de los principales del pueblo y á 50.000 del vulgo, teniendo entonces que decir los betsamitas: "¿Quién po-

ierpo transportanse de (1) Psalm. LXXXIII. 2.

⁽¹⁾ II Reg., VI, 7.

drá estar en la presencia de este Señor, de este Dios tan santo?, (1).

El Arca de la Alianza precedía á los israelitas en el desierto, y al tiempo de levantarla decía Moisés: "Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen." Y al asentarla: "Vuélvete ¡oh Señor! hacia la multitud del ejército de Israel," (2).

Cuando el Arca cayó en poder de los filisteos, los israelitas se llenaron de profundísima tristeza y prorrumpieron en grandes alaridos: *Arca Dei capta est*. He aquí el motivo de su indecible dolor; había concluído la gloria de Israel (3).

El Arca de Israel únicamente era un símbolo, no la realidad; figura que tenía que desvanecerse al llegar la plenitud de los tiempos en que el Unigénito de Dios, apareciendo en el mundo, tendría que decir: "Yo soy la luz, la verdad y la vida; han llegado esos tiempos felices. "Y ese Unigénito de Dios es nuestro Señor Jesucristo. ¿Cuál tendrá que ser nuestra veneración para con Él, y el amor que le tengamos? Es nuestro Dios soberano y altísimo Señor; es fortaleza y esperanza de nuestra alma; es nuestra gloria y todos nuestros bienes. ¡Oh, si su amor fuese nuestro guía en to-

CO COLORER VI, Z.

dos nuestros caminos! Sin duda alguna siempre andaríamos por las sendas de la verdad v la justicia; siempre seríamos felices. Mas jay dolor, que el recuerdo de lo que hacían los israelitas con el Arca de Dios nos llena de confusión y de vergüenza! Sin embargo de esto, su ejemplo tiene que animarnos, y si ellos suspiraban por el futuro Redentor de los hombres, nosotros, teniéndole ya en nuestra compañía, no haremos otra cosa que bendecirle y amarle con todo nuestro afecto; fuera de Él á nadie mandaremos los suspiros del alma, porque en Él descansa todo nuestro afecto. Aquellas palabras de la Esposa: "Le tengo conmigo, jamás le dejaré., Y estas del Salmista: "Dormiré en paz y descansaré, porque Tú joh Señor! sólo Tú has asegurado mi esperanza, (1), harán que vivamos para siempre en el amor de Jesucristo.

II

El Arca santa contenía una urna de oro llena de maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. ¿Quién dejará de descubrir en todo esto los misterios de estos símbolos sagrados? Allí están la santidad y la divinidad de nuestro Señor, verdadero Pan que descendió del cielo para sustentarnos, y allí también su potestad sacerdotal y legislativa; Él es el Sumo Eterno

⁽¹⁾ I Reg., VI, 19-20.

⁽²⁾ Num., X, 34-36.

⁽³⁾ Idem, IV, 13-21.

⁽¹⁾ Cant., III, 4; Psalm. IV, 9-10.